

Madame de Staël, Suiza y los primeros mexicanos

Ignacio Carrillo Prieto

Profesor e investigador de nuestra Universidad desde 1967, el abogado Carrillo Prieto documenta con erudición inusual el conocimiento que los intelectuales mexicanos del siglo XIX tenían de la prolífica escritora de origen suizo Germaine Necker.

Germaine Necker, la famosa Madame de Staël, fue conocida y reconocida por algunos personajes mexicanos cuyos encuentros parecerían ficticios si no estuvieran documentados. En su célebre *Historia de los heterodoxos españoles*, Marcelino Menéndez Pelayo (el polígrafo modélico para el malogrado talento mexicano Cristóbal Zagayo) dejó algo dicho acerca del encuentro del abate Marchena con Necker.¹ Activo enemigo de la monarquía colonialista que aherrojaba nuestras tierras y las de su evanescente imperio americano, Marchena fue perseguido por la Inquisición católica cuando ya Francia había caído presa de la inquisición política jacobina. Marat se fijó en él y lo asoció a “la redacción del furibundo periódico, *L’Ami du peuple*. Horrorizado por el talante sanguinario de la víctima de Charlotte Corday y aconsejado por Brissot se pasó de bando de los girondinos, cuyas vicisitudes, prisiones y destierros compartió con noble y estoica entereza”. Marchena fue preso en Burdeos en 1793 y fue conducido de ahí a los calabozos de la Conciergerie como Thiers lo consigna en su *Historia*

de la Revolución Francesa. En prisión y con sus compañeros inventó un curioso culto cuyo dios, Isbracha, respondía al fenómeno de los *teophilántropos*, culto del que después diría que “valía tanto como cualquier otro y que sólo parecía pueril a los espíritus superficiales”.

Marchena también confesaría que la *Guía de pecadores* de fray Luis de Granada le acompañó durante 20 años “sin que pasara un día en que dejara de leer alguna página: él me acompañó en los tiempos del Terror en las cárceles de París; él me siguió en mi precipitada fuga con los girondinos; él vino conmigo a las orillas del Rin, a las montañas de Suiza...”. En 1795, después de correr innumerables peligros su indómita persona, fue proscrito en 1795, acusado de agitar las secciones del pueblo de París contra la Convención. Pero el abate, incorregible, tan lejano de aquel otro abate de los madrigales a la marquesa de Rubén Darío, volvió a las andadas, haciendo “crudísima oposición al Directorio, lo que originó su destierro”.

“Conducido por gente armada hasta la frontera de Suiza, fue su primer pensamiento refugiarse en la casa de campo que tenía en Coppet su antigua amiga, Madame de Staël, cuyos salones y los de su ma-

¹ Marcelino Menéndez Pelayo, *Historia de los heterodoxos españoles*, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, 1978, pp. 634-641.



dre, Madame Necker, había frecuentado él en París”.² Don Marcelino añade una interpretación verosímil del alejamiento entre la castellana de Coppet y el abate, insurrecto y retobón: “Pero Corina no quería comprometerse con el Directorio o no gustaba de la insufrible mordacidad y cinismo nada culto de Marchena, a quien Chateaubriand, que le conoció en aquella casa (en realidad un castillo con todas las de la ley, Coppet) define en sus Memorias con dos rasgos indelebiles: sabio inmundo y aborto lleno de talento”. La cosa terminaría mal. “Lo cierto es que la castellana de Coppet dio hospitalidad a Marchena, pero con escasas muestras de cordialidad y que a los pocos días riñera del todo, vengándose Marchena de Corina con espantosas murmuraciones”.³

El episodio ratifica, si ello fuera menester, la generosidad y nobleza de alma de la baronesa, adicta a las libertades y cristiana de veras.

Debemos al insigne historiador y diplomático mexicano José C. Valadés, biógrafo de Lucas Alamán, la siguiente página, ejemplar de su estilo:

Caído el imperio napoleónico [en 1814] nuevamente reinaban en Francia los Borbones, la familia indiscutible en el decir de Benjamin Constant. Sin embargo, Fouché, el temible ministro de policía de Napoleón, se entendía secretamente con algunos generales preparando el regreso del Emperador. [...] Y mientras llegaba Bonaparte, Alamán inició su amistad con Fray Servando Teresa de Mier quien, rico en conocimientos y erudición... era al mismo tiempo muy agradable en su estilo y lleno de fuego y ardimiento, abundante en chistes oportunos. Mier le introduce con el abate Grégoire en cuya casa “conoció a las pocas personas célebres que quedaban al tiempo en la revolución”. [...]

Visitó también Alamán al barón de Humboldt, quien lo introdujo a la casa del duque de Montmorency-Laval, par de Francia y poco después futuro ministro de Asuntos Extranjeros y presidente del Consejo en 1821. El duque le tomó gran aprecio llevándole a conocer a Madame Recamier y a Chateaubriand, de cuya política en el seno de la Santa Alianza sería enérgico opositor años más tarde el propio Don Lucas.⁴

Esta relación muestra que el círculo de Coppet había sido el eje ecuménico de la oposición a la tiranía y la usurpación y se había convertido en el portavoz de un liberalismo republicano optimista del que aprendieron hasta los mismísimos mexicanos, próceres nuestros.

² *Ibidem*, p. 641.

³ *Idem*.

⁴ José C. Valadés, *Alamán: Estadista e historiador*, Porrúa e Hijos, México, 1938, pp. 66-67. Ha de tenerse presente que Montmorency-Laval fue uno de los más grandes amigos de Mme. de Staël.

Entretejiendo algunos momentos del tiempo europeo de Madame de Staël con los del forzado exilio de fray Servando Teresa de Mier, Christopher Domínguez Michael⁵ proporciona una límpida ventana tras la cual Germaine parece aproximarse a nuestras viejas cuitas y sinsabores, las de aprendices republicanos, en flameante traje de ciudadanos independientes, como quien se mete en un uniforme de húsar del carnaval tropical en que hemos a veces vivido, sin percatarnos de que el mundo real viene con el “miércoles de ceniza” que fue para México la guerra civil entre conservadores y liberales, quienes, como ha demostrado O’Gorman, en el fondo querían casi lo mismo: ser como los gringos y su república virtuosa y... farisaica.

Fray Servando, sagaz conservador excéntrico —recuperado en la incomparable y definitiva obra maestra de Christopher Domínguez Michael— ante el espíritu de usurpación y conquista de Bonaparte, ya para entonces con la indumentaria de Cónsul Perpetuo, dejó escrito que: “Entonces vi que todo es fraude en el mundo político. Se abrieron registros para que el pueblo concurriese a dar su voto. Ocurren a firmar los interesados y los que no concurren, porque no quieren consentir, pero tampoco quieren declararse por enemigos, se dan por favorables, conforme a la regla *qui tacet consentire videtur* o quien calla otorga. Y luego se publica que hubo en su favor tantos millones. Y ¿quién podrá o se atreverá a desmentir públicamente la especie? ¡Pobre pueblo!”.⁶ Sostiene Christopher Domínguez que el párrafo antecedente “acaso sea una de las primeras declaraciones democráticas, en el sentido moderno de la palabra, firmada por un escritor mexicano”.

Un fraile de la Nueva España que en 1801 hacía sólo unos meses que conocía la trama política de la Revolución francesa y sus consecuencias, resume y censura la naturaleza plebiscitaria que afirmaría el triunfo del despotismo napoleónico. Con la *Constitución*, proclamada junto con la perpetuidad del Consulado, el 4 de agosto de 1802, Napoleón barría las libertades electorales revolucionarias. Domínguez Michael sugiere el vínculo intelectual y el compromiso que hermana a Mier con el “selecto grupo de precursores que meditaron de manera inmediata sobre acontecimientos de los que eran testigos o protagonistas: Edmund Burke, Fichte, Paine, Chateaubriand, Constant, Madame de Staël...”.⁷

A José María Luis Mora, protoliberal mexicano, estudiosísimo eclesiástico con vocación de estadista, actor en las primeras escenas de la obra de la inde-

⁵ Christopher Domínguez Michael, *Vida de Fray Servando*, Era, Conaculta, INAH, México, 2004, 802 pp.

⁶ *Ibidem*, p. 213.

⁷ *Ibidem*, p. 443.

pendencia de 1821, se le debe la lectura de Madame de Staël cuando sólo unos pocos habían aquí siquiera oído hablar de ella. La cita en sus *Obras sueltas* viene dada a propósito del carácter y las prendas personales de Washington, al que muchos liberales nuestros admiraron como espejo de virtudes políticas, el reverso del cual fue para ellos Santa Anna, “el guerrero inmortal de Zempoala”. Fue el dictador una suerte de soldado de fortuna que comprometió nuestro destino al colaborar por acción y por omisión con el gobierno de Polk, cediéndole más de la mitad del territorio mexicano, traición y deserción que lo convirtieron en el villano favorito de nuestra historia.

Mora titula el ensayo que incluye la mención staëliana “Discurso sobre la alta política de los gobiernos”, que hoy conserva vigencia y vigor, por lo que es de reproducirse en extenso, aunque no *in toto*:

Nunca es más bien organizada una nación que cuando los que llevan las riendas del gobierno y se hallan frente a la administración pública están exentos del espíritu de engrandecimiento personal. [...] La honradez, dice el inmortal Washington, es la mejor política de un go-

bierno y ésta no tiene obstáculo ninguno para desarrollarse cuando los depositarios de la autoridad no se acuerdan de sí mismos, ni se tienen presentes de las operaciones cuyo único objeto debe ser la marcha de los negocios públicos. [...] Así fue como consiguió este hombre verdaderamente grande la fama de un profundo político, el aprecio general de todo el mundo civilizado, la prosperidad de su patria y una gloria eterna e inmortal. Si alguna vez ha tenido el principio puesto en boga por Madame de Staël, de que las circunstancias muchas veces destruyen o consolidan los sistemas de gobierno y que un hombre suele ser una circunstancia, ése es el caso de Washington.⁸

Uno de los mayores juristas mexicanos, un politólogo *avant la lettre*, Mariano Otero —distinguido jalisciense que comparte con Ignacio Vallarta el honor histórico de haber propugnado la adopción del principio del *habeas corpus*— ha sido leído y estudiado de nuevo en fechas recientes. Charles A. Hale lo hizo muy bien en su ensayo *El liberalismo mexicano en la época de Mora, 1821-1825*, donde afirma que “Otero compartía un nuevo espíritu aparecido en el pensamiento social europeo, que se desarrolla como reacción ante las doctrinas antehistóricas e individualistas que culminaron en la Revolución francesa. Citó frecuentemente a Madame de Staël, la cual había recalado que la Revolución había sido resultado de causas profundamente arraigadas en el pasado...”.⁹ Además, sostiene que “ninguna otra figura fue más significativa para el liberalismo constitucional mexicano de los años 1820 que la de Benjamin Constant, el dirigente de la escuela francesa de liberales doctrinarios o constitucionales”.¹⁰ Constant, según la óptica de Hale, tuvo importancia en México “porque buscaba formas para garantizar la libertad civil en un país en donde las instituciones secundarias o intermedias son débiles”.¹¹

Otero se adentró en la obra ensayística de Madame de Staël tanto y de tal modo que el primer epígrafe de su “Ensayo sobre el verdadero estado de la cuestión social y política que se agita en la República Mexicana” de 1842 está tomado de ella: “*Ceux qui la considèrent [la Revolución francesa] comme un événement accidentel n’ont porté leurs regards ni dans le passé, ni dans l’avenir. Ils ont pris les acteurs pour la pièce; et, afin de satisfaire leur passions, ils ont attri-*

⁸ José María Luis Mora, *Obras sueltas*, Porrúa, México, 1963, p. 591.

⁹ Charles A. Hale, *El liberalismo mexicano en la época de Mora, 1821-1825*, Siglo XXI, México, p. 190.

¹⁰ Y ya se sabe que decir Constant es, siempre, decir Germaine Necker, “Ninette”. Y quien dice “doctrinaria” dice Broglie, es decir, la estirpe de Mme. de Staël.

¹¹ *Ibidem*, p. 54.



Marie-Éléonore Godefrid, retrato de Madame de Staël, ca. 1849

bué aux hommes de moment ce que les siècles avaient préparé".¹²

Al criticar el espíritu mercantil para el que "la ganancia y el interés son toda su moral y todos los medios y los fines de la institución", Otero se adelanta a las previsibles críticas a tal tesis apoyado en Necker: "el juicio severo que se acaba de leer sobre el espíritu y la influencia del comercio, es una de tantas ideas que el autor hubiera querido ocultar, pero que la imperiosa fuerza de la verdad le ha obligado a decir: ha recordado con Madame de Staël que era necesario abordar sinceramente todas las grandes ideas y guardarse de poner combinaciones maquiavélicas en la aplicación de la verdad".¹³ Si la fragilidad del estado social de México en aquellos años aciagos de la primera mitad del siglo XIX era deplorable, había sin embargo la esperanza de que el incesante estado de agitación de la sociedad impulsara hacia la mejora y la civilización: "Si México estuviese aislado del resto del mundo civilizado, o si viviéramos en alguna de las épocas pasadas de ignorancia o de barbarie, un tal estado no sería por esto duradero, porque el hombre, como ha observado Madame de Staël, camina siempre hacia la perfectibilidad, que es a la vez la naturaleza de su carácter y la expresión de su destino".¹⁴

De Valle Arizpe¹⁵ hizo popular a una dama mexicana del siglo XVIII, "La Güera" Rodríguez: personaje staëliano, mereció el elogio y tórrido apasionamiento de Alexander von Humboldt durante su estancia en México. Doña María Ignacia Rodríguez de Velasco (1778-1842) embrujó a Humboldt no sólo por su "gallardía de rosa de Castilla en alto tallo" y por el hipnótico fulgor de sus brillantes ojos azules, sino ante todo por lo armonioso de su voz: "Su habla era como un gorjeo continuo, música suave de fluir de agua". Gracias a la obra de la señora Frances Erskine Inglis, mejor conocida bajo el nombre de su esposo el marqués de Calderón de la Barca, la consorte del primer embajador con que España reconoció la irreversibilidad de la Independencia de México, contamos con el *locus* en que aparece el nombre de Necker:

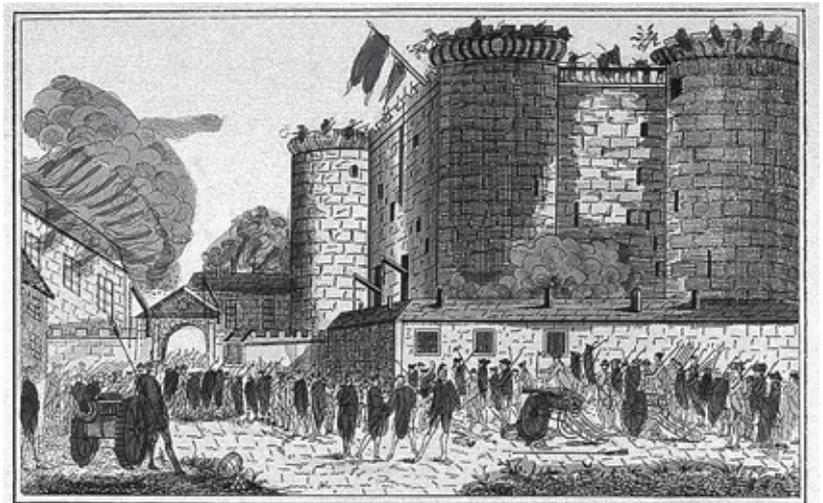
Encontré a "La Güera" muy agradable y la más cabal de las crónicas vivientes [...]. Hablamos de Humboldt, y haciendo mención de sí misma en tercera persona, me refirió todos los pormenores de su primera visita y

¹² Mariano Otero, *Obras*, recopilación, selección, comentarios y estudio preliminar de Jesús Reyes Heróles, Porrúa, México, 1967, p. 7.

¹³ *Ibidem*, p. 50.

¹⁴ *Ibidem*, p. 54.

¹⁵ Artemio de Valle Arizpe, *La Güera Rodríguez*, Porrúa, México, 1960, p. 149.



PRISE DE LA BASTILLE

Dibujo de la toma de la Bastilla, 1789

la admiración que sintió por ella; que entonces era muy joven, sin embargo de estar ya casada, y madre de dos niños, y que cuando Humboldt fue a visitar a su madre, se encontraba sentada en un rincón, y en donde el barón no podía verla, hasta que conversando éste muy seriamente acerca de la "cochinilla" (tinte vegetal), inquirió si podría visitar cierto lugar en donde había una plantación de nopales. —Ciertamente que sí—dijo la Güera desde su rincón—, y nosotras mismas podemos llevar ahí al señor de Humboldt. Echándola de ver entonces quedándose admirado y suspenso, exclamando al fin: —¡Válgame Dios! ¿Quién es esta muchacha?—. Desde aquella ocasión estaba constantemente con ella, y más cautivado, dicen, por su ingenio que por su hermosura, considerándola como la Madame de Staël de Occidente.¹⁶

Es oportuno que el último punto de esta línea de intersección de lo staëliano y los próceres mexicanos del siglo XIX recoja lo que De María y Campos consigna en su monografía acerca de Manuel Eduardo de Gorostiza¹⁷ sobre las relaciones diplomáticas entre México y Suiza. En 1826, el Senado mexicano aprobó el nombramiento de Gorostiza como Encargado de Negocios del presidente Guadalupe Victoria en los Países Bajos. Su misión fue una comedia de equívocos, pero Lucas Alamán, Ministro de Asuntos Extranjeros de México, ratificó su apoyo al joven diplomático, "confiando a su discreción y talento el buen éxito de la misión". Gorostiza informó al Alamán canciller que: "Habiendo hecho presente al Excmo. Sr. Don Sebastián Camacho cuál era el actual estado de las relaciones confidenciales que yo había establecido con algunas personas influyentes de la Suiza y que

¹⁶ Madame Calderón de la Barca, *La vida en México durante una residencia de dos años en ese país*, Porrúa, México, pp. 92-93.

¹⁷ Armando de María y Campos, *Manuel Eduardo de Gorostiza y su tiempo*, Talleres Gráficos de la Nación, México, 1959, pp. 75-76.

aquellas habían producido ya algún resultado, puesto que en la última Dieta se había discutido, a invitación del cantón de Zúrich, la oportunidad de establecer un Cónsul Suizo en México”. La nota está firmada en Bruselas el 7 de diciembre de 1826.

El 12 de noviembre de 1827 Gorostiza busca alcanzar su propósito y formula una consulta al gobierno mexicano: “¿Puedo proponer, de acuerdo con las órdenes que acabo de recibir de mi gobierno, al de la República Helvética el establecimiento de relaciones políticas y comerciales entre los dos países sobre la base de la reciprocidad más absoluta? Para alcanzar esta finalidad, los Estados Unidos Mexicanos están dispuestos a recibir y a nombrar cónsules que representarán sobre los lugares sus intereses respectivos”.

El presidente del Directorio Federal suizo contestó al diplomático mexicano con atención y cortesía: “En efecto, el Cuerpo Helvético desea establecer relaciones amistosas con los Estados de la Unión Mexicana y aprecia la importancia de las mismas”.¹⁸ Exclama De María y con razón: ¡Un nuevo triunfo de Gorostiza! México contaba ya con un nuevo amigo: Suiza. Cabe el regocijo por estos casi doscientos años de respetuosa y enriquecedora liga, de la que ambas naciones podrían sacar hoy mayor provecho. Para ello se requeriría un intercambio más ambicioso y un programa o agenda más pormenorizada, a fin de que la incipiente democracia mexicana tome nota y aprenda de la suiza, ejemplo universal de concordia y libertad, así como Suiza abra sus ojos a las riquezas culturales y universitarias de México.

¹⁸ *Ibidem*, pp. 81-82.

Otra histórica referencia a la incipiente relación entre México y Suiza es la carta de José María Luis Mora al Supremo Directorio de la Confederación Helvética, firmada en Londres el 12 de julio de 1848, donde ratifica el deseo del gobierno mexicano de “estrechar sin dilación sus vínculos con esta interesante parte del continente europeo regida por el sistema republicano”. México, arruinado por la brutal y sanguinaria guerra entablada para despojarle, sin razón, ni derecho, de sus ancestrales territorios, librado a los caprichos del clero y del ejército santanista, buscaba en 1848 hacerse oír por Suiza, de quien admiraba su republicanismo, admiración que no conoce término hoy en día, por lo menos entre quienes vemos en la Confederación Helvética un supremo ejemplo de la civilización.

Cabe calificar de excéntrico el temprano interés mexicano por lo suizo. Calasso ya ha señalado “la noble excentricidad suiza, la de Paracelso y de Bachofen, de Jung y de Rousseau, la excentricidad de esa Suiza oculta que es una preciosa reserva de locura en el centro de Europa”.¹⁹ La reserva de la locura mexicana se hace evidente en nuestra fascinación por la muerte, nuestro sustrato anclado en Mictlán. Habrá otros depósitos de extravíos, pero me parece que éste es el definitorio. Y una cierta melancolía que impregna a los dos, de distinta forma, así como las hondas y complejas raíces religiosas y la fuerte huella que catolicismo y calvinismo han dejado en el alma de ambas repúblicas. Hay pues entre las dos naciones puntos no tan evidentes pero no por ello menos reales de contacto y de empatía. **U**

¹⁹ Roberto Calasso, *Los cuarenta y nueve escalones*, Anagrama, Barcelona, 2006, p. 353.



José Guadalupe Posada, *Asalto de zapatistas*, grabado sobre la Revolución mexicana, s/f